

PÉREZ MAGALLÓN, Jesús. *Soñando caminos: Moratín y la nación imaginada*. Madrid: Calambur Editorial, 2019, 380 pp. Selecta Philologica, XIII.

Desde la aparición, casi al mismo tiempo, de la edición de *La comedia nueva y El sí de las niñas* (Editorial Crítica) y de las *Poesías sueltas y otros poemas* (Quaderns Crema), de Leandro Fernández de Moratín, en 1994 y 1995, el nombre de un dieciochista como Jesús Pérez Magallón, responsable de aquellas dos muestras de excelente factura de la obra del gran neoclásico, ha venido siendo ineludible en el estado de sus estudios y ediciones. Ya en este siglo, su monumental *Los Moratines*, que se publicó en 2008 en la colección Avrea de Ediciones Cátedra, supuso la expresión de la convicción de que el hijo Leandro con su padre Nicolás formaban, en obra y vida, una especie de *sola acción* a partir de dos identidades para llegar a un solo personaje. Tan arriesgado proyecto editorial supuso para los investigadores y para los lectores disponer de una presentación solvente y actualizada, en más de tres mil seiscientas páginas, de buena parte de la mejor historia de la evolución de la literatura española desde mediados del siglo XVIII hasta los primeros años del siglo XIX.

Este libro, *Soñando caminos: Moratín y la nación imaginada*, puede verse como la culminación de la experiencia de *acompañar* durante décadas a la entidad compuesta por los dos autores, padre e hijo, y de intentar reivindicar el papel que tuvieron en esa historia. Por eso, no es extraño que en sus primeras páginas Pérez Magallón se lamente del escaso eco que aquella

edición, que aquella apuesta personal y editorial de *Los Moratines* como obra completa, tuvo en su momento. En cierto modo, y aunque su objeto principal es el autor de *El sí de las niñas*, este ensayo es otro recordatorio de esa manera de ver en conjunto a dos personalidades muy determinantes de nuestro Siglo de las Luces; y de ahí que el capítulo inicial, tras unas palabras de introducción, sea «Padre e hijo», que es el delantal biográfico del libro que se confecciona doblemente, mostrando las dos vidas como una, la del hijo que mira a la vida –y la obra– de su padre, por el que se verá influido en aspectos tan esenciales en el progreso de la nación como la reforma del teatro, la restauración de la poesía, la reforma de la educación o la defensa de un igualitarismo social, entre otros que son tratados a lo largo de estas páginas. Véase, por ejemplo, cómo se inicia este capítulo con los dos personajes:

Leandro Fernández de Moratín nace en 1760, en la calle de San Juan, esquina a la de Santa María, cuando su padre tiene 23 años. Pero Nicolás, nacido a su vez en 1737 y casado con Isidora Cabo Conde en 1757, no es cualquier padre, sino un poeta, escritor e intelectual que quiere participar en el proceso de rearme y reforma de la cultura española y que, por esa misma razón, formará parte y fomentará uno de los círculos intelectuales y artísticos más destacados del siglo, la tertulia de la Fonda de San Sebastián (p. 25).

En la motivación del profesor de la McGill University de escribir este libro creo que hay mucho de compromiso con su propia vocación dieciochista

y mucho también de voluntad de demostración ideológica, metodológica, historiográfica, después de años de dedicación al estudio de la cultura europea de los siglos XVII, XVIII y XIX. Y me parece que formalmente también tiene algo de brindis al tendido de la crítica académica este ensayo sin notas al pie, con contenidas referencias bibliográficas atenuadas parentéticamente y con más de una digresión en las que el autor se deja ver trayendo al tiempo presente lo que ha leído y analizado de un tiempo pasado tan nutriente, sin reparo en aludir a la relativa equivalencia entre el teatro de la época neoclásica con la realidad actual de videojuegos, televisión o cine, o, al hilo del apoliticismo de Moratín, al «actor y exgobernador Ronald Reagan» como ejemplo de esa mirada al contexto político contemporáneo, como ejemplo de un tratamiento que no pierde de vista la vigencia de un discurso intelectual así en un tiempo como el nuestro; el de una película como *Goya en Burdeos* (1999), de Carlos Saura, que también es referente de crítica y reflexión sobre Moratín en estas páginas. Algo que es muy visible desde el principio en las palabras de agradecimiento, y también justificativas, en las que el autor explica por qué vuelve al

territorio de los Moratines. Esta vez ya no para hacerlos asequibles a una población a veces desinteresada, sino para explorar cómo veía Leandro, cómo vio él, esta España (¿nuestra? ¿suya? ¿de quién?), pero también cómo imaginaba él una España posible, esa en la que todavía seguimos viviendo y soñando, muriendo e imaginando. Y le ofrezco

esta reflexión a los individuos que, en una población de 40 millones (que cada cual saque el porcentaje), todavía tal vez se interesen por este asunto (pp. 9-10).

El título, *Soñando caminos: Moratín y la nación imaginada*, contiene bastante del tono singular que Pérez Magallón quiere sugerir en su obra. Tiene tres partes perfectamente definidas, y también definitorias de un dieciochista como él. En primer lugar, para muchos lectores estará la evocación del primer verso del poema de Antonio Machado, de *Soledades*: «Yo voy soñando caminos / de la tarde. ¡Las colinas / doradas, los verdes pinos, / las polvorientas encinas!...». Como en la ensoñación del poeta sevillano, aquí está la idea de un paisaje, de una tierra, de una realidad tangible, y el sueño de una España posible, además del triste paralelismo que se quiera establecer entre el final en el exilio del autor de *Campos de Castilla* y el de escritores como Meléndez Valdés o, de otra manera y en otros años, Leandro Fernández Moratín. El sintagma del verso machadiano envuelve dos entidades esenciales de este libro, la del escritor madrileño que ocupa el estudio y la noción de nación, tan importante también en los intereses investigadores de quien ha publicado otros ensayos trufados de parecidas preocupaciones como *Calderón, icono cultural e identitario del conservadurismo político* (2010) o *Cervantes, monumento de la nación: problemas de identidad y cultura* (2015). La base de este ensayo será la imaginación de la nación por Leandro Fernández de Moratín y condiciona buena

parte del acercamiento crítico a la obra y a la personalidad del madrileño. Por ejemplo, un capítulo especialmente sugerente es el quinto, «La figura paterna y su heredero: representación simbólica del poder político», que aborda el tratamiento de la autoridad paterna en la obra dramática moratiniana y que pone de manifiesto cómo los modelos que se proponen en sus piezas son la proyección de los anhelos de civilización y progreso de su autor, del deseo de cambio «de una nación que no puede seguir siendo la que existe» (p. 224).

Tras la introducción y el primer capítulo sobre «Padre e hijo» ya mencionados, el resto está compuesto por siete estaciones muy medidas en extensión, muy equilibradas, que son «La estética teatral, estrategia para la reforma de la nación», «El espacio de la poesía lírica y su función imaginaria», «Modelos genéricos: la mujer, ¿ángel del hogar?», el ya citado «La figura paterna y su heredero: representación simbólica del poder político», «Apologetas y antiapologetas: visiones de la nación», «Colaboración con el régimen josefino y exilio» y «Conocer climas y costumbres: el viaje, la prosa, el epistolario» como cierre antes de la información bibliográfica. La mera mención de los títulos puede dar una idea al lector iniciado sobre cuáles son los centros de interés del autor sobre su objeto de estudio, que no son más que los pilares de la biografía intelectual de Leandro Fernández de Moratín.

Así, su teatro como escuela de buenas costumbres, y más allá, como propuesta de reforma de la nación, pues se parte de la presencia permanente de un discurso ideológico y político que es fundamental. Igualmente, la práctica

teatral que repasa este capítulo se analiza junto a la concepción teórica de un dramaturgo que nos ha dejado importantes textos de reflexión en torno al hecho teatral. Pérez Magallón, en este punto, destaca que el interés de Moratín por el teatro no es frío, sino que le interesa como espectáculo en todas sus dimensiones y apasionadamente, como otros gustos o aficiones que se citan de la personalidad del madrileño. Placeres y obsesiones mundanos, pero también de índole más artística, como su obsesión por la poesía lírica, que es la que ocupa el siguiente tramo de este libro, en el que se aborda la «segunda corona» a la que siempre aspiró el escritor, pues no solo lo fue en su dimensión literaria para llegar a la cúspide de algún Parnaso, sino como otra imaginación del ser nacional y como otra vía de lucha para la reforma. Los modelos genéricos que mostró en su obra dramática, desde la mujer –la moigata, la beata, la niña...– hasta la figura del hombre en los tipos del tutor, del *pater familias*, del comediógrafo, del petimetre... ocupan los capítulos centrales, que ofrecen un perspicaz recorrido por las principales piezas moratinianas que siguen siendo un buen friso social de aquel tiempo para el lector de hoy. El análisis de la visión de la nación del autor de *La comedia nueva* a partir de la opinión sobre España que se publicó en Francia e Inglaterra nos permite conocer una buena actualización de los estudios en torno a la leyenda negra desde los siglos XVI y XVII, para aplicarlos al siglo XVIII, y resulta otra importante aportación de este libro. Por fin, la postura política de Leandro, el hijo de Nicolás, en un abanico muy

interesante de actitudes ideológicas; y su cosmopolitismo y su conocimiento de otras realidades en su rica literatura de viajes, en sus diarios y en su epistolario se eligen en el estudio de Pérez Magallón como últimas muestras del recorrido por una vida y unas obras que se han convertido en una de las representaciones más cabales del siglo XVIII español. Estas últimas muestras de la escritura de Moratín, sobre todo sus apuntes de viaje, de haberse publicado en su momento, nos habrían ahorrado nuevas comparaciones entre la literatura costumbrista, realista y diarística del siglo XIX y la del anterior, cada día mejor estudiada.

Como en este *Soñando caminos*, que es un recorrido muy particular y sentido por las décadas principales de la Ilustración, por títulos y por hechos de especial incidencia en la conformación de una idea progresista de una España que se truncó en el reinado de Fernando VII, que tanto afectó a constructores de ella como Leandro Fernández de Moratín. Quise poner un reparo a que este libro no se cerrase con el capítulo que más se refiere al final de la vida del protagonista, a su colaboración con el régimen josefino y a su exilio; pero el último, dedicado a los «climas y costumbres», se cierra tan bien, con sus datos y con su reivindicación, tan propia de quien ha escrito esta obra recomendable, que no tengo objeción y creo que, por eso, es justo reproducir su final:

Y en esa casa, la del número 33 de la calle Montreuil, cuya numeración al

parecer no se ha modificado desde el siglo XVIII, falleció Moratín, entre la una y las dos de la madrugada del 21 de junio de 1828, a quien su amigo García de la Prada, en cartas a Silvela, llamaba «nuestro don Leandro», «nuestro amigo», «el viejecito» o «nuestro amable viejecito». Silvela llevó a cabo las gestiones necesarias para que Leandro pudiera ser enterrado en el cementerio del Père Lachaise, junto a los restos de Molière y La Fontaine. Y, del mismo modo que sus huesos se perdieron para siempre, según recordaba Vivanco, ningún resto, ninguna señal, marca que en ese lugar abandonó la existencia un dramaturgo, poeta e intelectual español y universal. Ningún embajador, ningún ministro, ningún personaje público ha considerado necesario tratar de dejar una pequeña huella del paso que dio Moratín por esa apartada calle de París, probablemente porque no daría rendimiento político ni ocuparía espacio o sería etiqueta caliente en las redes sociales.

*Nota bene.* Leí este libro en pantalla, y no en su edición definitiva en papel; de ahí que advierta de que es posible que algunas de las referencias a las páginas han podido tener alguna variación. Igualmente, no he señalado algunas erratas y errores menores localizados en el documento que me ha servido de base, por la presunción de que hayan sido corregidos en la definitiva y deseada versión impresa de esta obra.

Miguel Ángel LAMA

